

Desarrollo, bienestar y buen vivir

La noción de “desarrollo” nace en el período posterior a la segunda gran guerra, consolidando una disciplina que suscitaría importantes controversias al menos en el intervalo comprendido entre el primer Plan Quinquenal de la India y la década de los ochenta del siglo pasado. Bob Sutcliffe sintetizó de forma sencilla y magistral los principales debates que surgieron en esa época con la metáfora de un viaje con vehículos, caminos y destinos predeterminados.¹

Según esta parábola, el desarrollo era un recorrido bien definido, una larga ruta, por la que avanzaban los diferentes pueblos de la humanidad como quien participa en una carrera por etapas. Podía decirse que una economía subdesarrollada era un país atrasado que se encontraba por donde habían pasado hacía tiempo los llamados adelantados. De acuerdo con esa visión, las polémicas se centraban básicamente en decidir el vehículo más conveniente para efectuar el trayecto que conducía al desarrollo. Para algunos, el mejor medio de transporte para llevar a cabo el viaje era el mercado. Otros, sin embargo, apostaban por la intervención del Estado. Al final, la clave residía en elegir la combinación adecuada

¹ B. Sutcliffe, «Desarrollo frente a ecología», *Ecología política* n° 9, CIP –FUHEM/ Icaria, Barcelona, 1995, pp. 27-47.

INTRODUCCIÓN

de políticas económicas, bien entre las favorables al mercado, bien entre las proclives a conceder mayor protagonismo al sector público. Unos y otros adoptaban posturas aparentemente irreconciliables, aunque en realidad las discrepancias no llegaban al fondo, pues hasta los que defendían más fervientemente el mercado como instrumento apropiado no desmerecían del papel que el Estado desarrollista podía desempeñar a la hora de sustituir instituciones tradicionales consideradas retardatarias por otras más modernas y occidentales. En otras palabras, que ambas posiciones estaban dispuestas a dar la bienvenida en nombre del desarrollo a los distintos mecanismos que analizó Marx al referirse a la “acumulación originaria”, y que dan lugar a procesos de intensa violencia ejercida por las clases dominantes a través de los aparatos estatales imponiendo leyes con el objetivo de despojar a las comunidades campesinas e indígenas de sus medios de sustento.

Luego, como los acontecimientos no se correspondieron con los resultados esperados, porque aun disponiendo de potentes vehículos no se cubrían las etapas del viaje, el foco de atención se situó sobre el estado de la carretera. Entonces estuvo presente el siguiente argumento: los países más avanzados habían destruido a su paso la carretera por la que viajaron de manera que la habían dejado intransitable para los que vendrían más tarde; en consecuencia, había que buscar otro camino. La respuesta a esta búsqueda se encontró vinculando desarrollo y sistema económico: si la autopista capitalista resultaba difícil de recorrer para los que venían después, había que intentar hacer el viaje por la autovía socialista. Y aunque este período proporcionó análisis acertados de gran interés,² en el plano de las alternativas los ingenieros de caminos de la vía socialista confiaron –con la misma fe ciega que sus colegas de la vía capitalista– en la tecnociencia y la industrialización sin ningún atisbo de duda ni reserva acerca de su carácter ambivalente.³

Pero es precisamente esa condición ambivalente de la tecnociencia y de la industrialización, asociada a la naturaleza demediada de una racionalidad que sólo contempla los aspectos funcionales e instrumentales, oscureciendo otras dimensiones –ética y estéticas– de la razón, la que terminó por introducir dudas acerca del destino y la deseabilidad del propio viaje.

El discurso también construye realidad

Así las cosas, en los años ochenta del siglo pasado un número creciente de críticos culturales empezaron a cuestionar el desarrollo como concepto, apareciendo el posdesarrollo

² El principal de todos, la vinculación dialéctica del desarrollo y el subdesarrollo como dos manifestaciones de un único proceso. Las diferentes realidades no podía entenderse ignorando la existencia de una economía mundial configurada en torno a polos capitalistas centrales y periféricos en los que el grado de articulación productiva interna y la tipología de inserción en el exterior marcaban las especificidades de cada país.

³ Confianza incondicional que hacían extensible además a la burocracia estatal.

como crítica radical del discurso desarrollista. El posdesarrollo proviene directamente de la crítica posestructuralista.⁴ La tarea que se propusieron los posestructuralistas no fue cómo mejorar el desarrollo sino más bien cuestionar la forma en que habían sido definidas las sociedades de Asia, África y América Latina como “subdesarrolladas” y, por consiguiente, necesitadas de desarrollo. Se critica, pues, el desarrollo como discurso que, en la medida que delimita el campo de estudio, define categorías y formas de razonar, y sirve para diseñar un amplio aparato institucional tanto en el plano del Estado-nación como en el internacional, se convierte en una fuerza social con amplias consecuencias en la conformación de la realidad social.

En resumen, en esta última fase de los debates, y desde esferas de las ciencias sociales relativamente ajenas a la economía, disciplina que había monopolizado los estudios sobre el desarrollo, se cuestiona el concepto mismo del desarrollo. Será analizado como un discurso de origen occidental que opera como un poderoso mecanismo de deformación, exclusión y ocultación de problemáticas, sujetos y dimensiones fundamentales en el bienestar de las sociedades.

Un proyecto que silencia voces y oculta aspectos relevantes

El posdesarrollo logró mostrar que el discurso práctico del desarrollo conllevaba la exclusión de los conocimientos, las experiencias y las preocupaciones de aquellos que, en teoría, iban a ser los beneficiarios principales de las supuestas ventajas del desarrollo –las mujeres, las comunidades campesinas, los pueblos indígenas, los pobres de Asia, África y América Latina–, al tiempo que ocultaba el deterioro ecológico y social ocasionado por la ideología productivista/ consumista y la dinámica mercantilizadora del capitalismo.

Ese afán desvelador ha ido siempre de la mano del reconocimiento y vindicación de las culturas vernáculas y defensa de la diversidad sociocultural, rompiendo así con el monopolio de los expertos al multiplicar los centros y agentes en la producción del conocimiento. Por eso es especialmente importante dar voz a quienes resisten las intervenciones que se ejercen sobre ellos (los grupos, comunidades y pueblos que expresan tal oposición), partir de la vida y las luchas cotidianas de los sujetos concretos y recuperar las estrategias alternativas que se practican desde los movimientos sociales.

⁴ El prefijo “pos” no hace referencia a “un después”, sino a esta conexión indicando que el posdesarrollo es, en sentido estricto, una crítica radical y deconstructiva del discurso sobre el desarrollo con las herramientas del posestructuralismo. Se puede consultar a este respecto: A. Escobar, «El “posdesarrollo” como concepto y práctica social», en Daniel Mato (coord.): *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas, pp. 17-31; y también: E. Gudynas, «El postdesarrollo como crítica y el Buen Vivir como alternativa», en G. C. Delgado Ramos (coord.): *Buena Vida, Buen Vivir: imaginarios alternativos para el bien común de la humanidad*, CEIICH-UNAM, México, 2014, pp. 61-95.

Múltiples, diversos

Todo ello permitió vislumbrar múltiples trayectorias que pueden desembocar en destinos diversos. No tiene sentido el desarrollo como final prefigurado al que se accede a través de unos pocos caminos en los que sólo se permite la conducción de determinados vehículos. No puede, en ningún caso, ser sinónimo de occidentalización capitalista, ni siquiera de modernización si ésta no es reinterpretada y recuperada siguiendo aquellas líneas ilustradas que fueron en su día truncadas o interrumpidas en favor de lecturas restringidas e instrumentales.⁵ De ahí que resulte decisivo contemplar las diferentes formas en que las ideas y las prácticas de la modernidad son apropiadas y reintegradas en los mundos de la vida local, dando lugar a múltiples modernidades situadas en su contexto, cambiantes e híbridas, que incorporan creativamente conocimientos científicos y sabidurías ecológicas mediante la combinación de prácticas modernas y tradicionales.⁶

Una enseñanza que se antoja cada vez más necesaria y cobra mayor sentido para los tiempos que corren en un mundo en que los estilos de vida insostenibles que ofrece el capitalismo tienden a acentuar la exclusión, bien por la expulsión de muchos que anteriormente se encontraban incluidos, bien porque los que en el pasado eran candidatos a la inclusión ya no se les permitirá serlo a medida que se agoten los recursos naturales y se deterioren los ecosistemas.⁷

Aproximaciones más inclusivas

En consecuencia, más de medio siglo de debates que van desde la teorías modernizadoras de los años cincuenta, pasando por la teoría de la dependencia y las perspectivas neomar-

⁵ Afirmación que no debe ser asemejada a la actitud postmoderna frente a la modernidad ilustrada. Ante el disgusto por las promesas incumplidas del proyecto moderno, o generadoras de realidades opuestas a las buscadas, la crítica posmoderna no trata de redefinir y recomponer la modernidad, sino de superarla. Una apuesta que no siempre tiene en cuenta que también el «sueño (esto es, la falta de vigilia) de la razón produce monstruos» y que lo más probable es que se incurra en el riesgo de arrojar el grano con la paja al implicar una ruptura con la actitud vigilante y autocrítica propia de la tradición ilustrada. Pienso que sí es compatible, sin embargo, con el sentido de las apreciaciones que hace Boaventura de Sousa Santos: «enfrentamos problemas modernos para los cuales no existen soluciones modernas (...) Es necesario partir de la disyuntiva entre la modernidad de los problemas y la postmodernidad de las posibles soluciones, y convertir la disyuntiva en el impulso de configurar teorías y prácticas capaces de reinventar la emancipación social a partir de los escombros de las promesas de emancipación que supuestamente constituían parte íntegra de la modernidad» (*Towards a New Legal Common Sense*, Butterworth, Londres, 2002, p. 13)

⁶ S. Álvarez Cantalapiedra (coord.): *Convivir para perdurar. Conflictos ecosociales y sabidurías ecológicas*, Icaria, Barcelona, 2011. Con la misma intención de aproximar al conocimiento de aquellas ecosofías y creencias que pueden contribuir al "buen convivir" en el marco de una relación más armoniosa con la naturaleza se planteó también el nº 125 de esta misma revista dedicado al «Ecologismo y religión».

⁷ Se repite con insistencia, pero nunca suficientemente: con el estilo de vida de, por ejemplo, un norteamericano medio, la Tierra sólo podría albergar a 1.400 millones de personas. Lo que nos sitúa ante un hecho profundamente perturbador que pocas veces nos atrevemos a reconocer: el desarrollo económico, entendido como mero incremento de la renta y del consumo, es algo que, en la medida en que se da, excluye necesariamente a un porcentaje significativo de la humanidad.

xistas de las décadas de los sesenta y setenta, hasta llegar a las críticas al desarrollo como discurso cultural de la segunda mitad de los ochenta y los años noventa, han permitido aproximaciones complejas que han ido incluyendo aspectos hasta entonces apenas considerados, propiciando acercamientos entre posdesarrollo, feminismo, ecología política y versiones heterodoxas de la economía política marxista que han facilitado el discernimiento crítico sobre los componentes de etnocentrismo y las exclusiones presentes en las representaciones convencionales de la actividad económica que siguen ocultando que el capitalismo debe su desarrollado histórico a la explotación de tres ámbitos que ha convertido en sus colonias: el Tercer Mundo, la mujer y la naturaleza.⁸

La vida buena: componentes relacionales, culturales y medioambientales

Aquellos debates coincidieron también con los esfuerzos por repensar la economía del bienestar que, desde la década de los setenta, venían haciendo algunos autores.⁹ En el año 1974, Richard Easterlin incorpora la perspectiva del «bienestar subjetivo» al abordar el estudio del grado de satisfacción de las personas con sus vidas en relación con los niveles de ingresos.¹⁰ Si preguntamos a personas con diferentes niveles de renta sobre su felicidad se comprueba que aquellas que disponen de mayores ingresos se autoproclaman más felices que las relativamente más pobres. Hasta aquí nada nuevo: «El dinero no da la felicidad, pero procura una sensación tan parecida, que se necesita un auténtico especialista para verificar la diferencia», se podría concluir siguiendo la broma de Woody Allen. Ahora bien, las cosas cambian cuando se establecen comparaciones a lo largo del tiempo y entre países. Eso llevó a Easterlin a formular lo que se conoce como “paradoja de la felicidad”: cuando se compara el grado de felicidad que las personas dicen disfrutar a lo largo de un periodo amplio de varias décadas, en las sociedades opulentas nos encontramos con que el porcentaje de personas que declaran sentirse felices no ha aumentado (incluso ha descendido en algunos casos) a pesar de que los ingresos se hayan incrementado considerablemente en ese mismo periodo. De manera similar, cuando se comparan los resultados por países, a partir de un determinado nivel de ingreso capaz de garantizar una vida digna, no se aprecian diferencias considerables en el nivel medio de felicidad atribuible a la renta.

⁸ Desde un plano estrictamente epistemológico, se ha tratado de ofrecer una representación compleja e inclusiva de la actividad económica en S. Álvarez Cantalapiedra et al., «Por una economía inclusiva. Hacia un paradigma sistémico», *Revista de Economía Crítica* nº 14, 2012, pp. 277-301; y A. Martínez González- Tablas y S. Álvarez Cantalapiedra, «Aportaciones para una representación compleja y abierta del sistema económico capitalista», *Revista de Economía Crítica* nº 15, 2013, pp. 128-149.

⁹ Las aportaciones más interesantes corresponden a Tibor Scitovsky, *The Joyless Economy. An Inquiry into Human Satisfaction and Consumer Dissatisfaction*, Oxford University Press, 1976 [Hay traducción al castellano con el título: *Frustraciones de la riqueza*, México: FCE, 1986] y a Amartya Sen, *Nueva economía del bienestar*, Universitat de Valencia, Valencia, 1995.

¹⁰ R. Easterlin, «Does Economic Growth Improve the Human Lot? Some Empirical Evidence», en P. David y M. Reder (ed): *Nations and Households in Economic Growth. Essays in Honors of Moses Abramovitz*, Oxford University Press, Oxford, 1974, pp. 89-125.

Introducción

De todo ello se puede atisbar que en la felicidad (o bienestar subjetivo) de las personas llega un momento en el que influyen más –tanto para bien como para mal– otros aspectos (relacionales, culturales y medioambientales) que el nivel de renta absoluto que obtengamos. E influyen para bien o para mal, porque esos aspectos pueden facilitar o entorpecer la felicidad. Pongamos por caso las relaciones interpersonales. No todas son igual de gratificantes. La intensidad y calidad de las mismas varían dependiendo de muchos factores. La presencia de determinados rasgos en las relaciones (afecto, confianza, reciprocidad, reconocimiento e identidades personales y colectivas) son lo que las convierte en “bienes” para las personas que las disfrutan, mientras que su ausencia o adulteración las transforman en “males” para esas mismas personas. Es algo que se puede percibir con claridad cuando observamos las relaciones de género en el seno de una sociedad patriarcal o cuando evaluamos los vínculos comunitarios en contextos como el que refleja la obra de teatro de Arthur Miller, *Las brujas de Salem*, o la película de Lars von Trier, *Dogville*.

La virtud del debate acerca del “buen vivir”

Los debates sobre el buen vivir comparten las críticas radicales a las ideas de desarrollo y bienestar orientadas únicamente a incrementar el nivel de ingreso y la riqueza monetaria. Estos debates advierten de la necesidad de incorporar las dimensiones personal, social y medioambiental. La importancia decisiva en la vida de la gente de los elementos relacionales, culturales, políticos y ecológicos abre la perspectiva hacia otras formas de organización social ajustadas a las particularidades históricas y culturales alternativas a la que ofrece en nuestros días el capitalismo depredador de la naturaleza, apisonador de las culturas de los pueblos y empobrecedor de las relaciones sociales.

Santiago Álvarez Cantalapiedra